

de plenitud magnífica, en que, como una leona, jugaba con los amorcillos, vino un tiempo en que la mujer dejaba de ser joven, y el orgullo de su virginidad tomó en ella la ruta del desprecio hacia el amor mismo, del culto ascético a la castidad del pensamiento, de la exaltación de lo intelectual puro. Es el tiempo de su "Oda a la Belleza", de su "Canto Verbal", de su "Ave Celeste", poemas en que lo mental puro, superior y ajeno a todo erotismo, superior y ajeno a todo lo humano, asume la forma de un idealismo estético absoluto. La poetisa ya no ama sino la frialdad perfecta de los mármoles y el brillo impoluto de las estrellas. Es por entonces que celebra, en glosa entusiasta, una frase de Rodó, que parece escrita para ella: "*El mármol, la carne de los dioses...*"

Y viene luego su tercera etapa. La juventud ya había huído, ligera como una corza; habíanse deshojado las rosas del verano; una misma marchitez otoñal, ajaba ya el seno de la virgen y arrebataba, en frías ráfagas, la fronda caduca de su verbo. Para el que dió sus frutos en el estío, el otoño es la dulzura del reposo; pero aquel era el otoño gris y vacío de los que no han amado, duro como un reproche, acerbo como un remordimiento. La poetisa vió derrumbarse, convertida en ceniza de tristeza, la fortaleza de su orgullo; y caer de su cuerpo, en pedazos, la herrumbrosa armadura metálica de su soberbia. Quedó aterida, como un pájaro; se sintió sola perdida entre los hombres, pobre criatura de Dios, a quien su dios negaba hasta la dulzura del consuelo... Su vida había fracasado y sólo le quedaba la liberación de la muerte.

Otro motivo de dolor vino a hacer aún más aciago ese drama de su alma solitaria; su nombre de poetisa, que antes había brillado soberano y

puro como el lucero de la mañana, en el horizonte de la poesía femenina del Plata —al punto que, en la Antología de 1905 se dice de ella: "es, sin disputa, la primera poetisa de América y la más grande que ha tenido el país"—, se vio empañado y pospuesto por nombres nuevos; Delmira Agustini primero, Juana de Ibarbourou después, vinieron a brillar con fulguraciones más sugestivas, atrayendo todos los ojos y todas las alabanzas. María Eugenia, reivindicada en la posteridad, vivió sus últimos años eclipsada por el fuego fascinante de las poetisas eróticas.

Era ya María Eugenia, en esos últimos tiempos, como la sombra lamentable de sí misma. Vestida de un modo anticuado, abandonada en toda su persona, veíasele vagabunda y solitaria por las calles, los parques, los tranvías, un rictus sarcástico en la boca, un aire de cansancio y desaliento en su figura. Atendía una cátedra de literatura en la Universidad de mujeres, de la cual fue asimismo secretaria. Al fin la atacó una aguda neurastenia, pasando en reclusión voluntaria los últimos meses de su vida.

De esta etapa penosa de su tránsito, datan, sin embargo, sus mejores poemas. Junto con aquel su antiguo énfasis orgulloso, cayó, marchita, la fronda verbal de sus cantos; su alma y su arte se desnudaron, al par de toda vana retórica; escribió sus *confesiones*, dijo su verdad íntima y tremenda, cantó humildemente su dolor, se arrastró gimiendo en el polvo humano que antes no querían pisar sus fríos coturnos literarios. Y su verso adquirió así una palpitación dramática, una profundidad de sentido, y al mismo tiempo una pureza formal que antes no conocieran. Esta producción de su tercera época: *Los Desterrados*, *Barcarola*, *El Atadú Flo-*